

Lámpara fiel, que alumbra misteriosa
al Dios del Tabernáculo secreto,
haz de mi corazón vivo reflejo
de tu dulce, casto y amoroso fuego.
¡Oh cuantas veces al mirar los rayos,
esparcirse apacibles por el templo,
y bañar el altar... en que se hospeda,
de nuestras almas el Divino Dueño,
sentía yo recónditos latidos,
allá... en el fondo de mi pecho,
ansiosa de mezclar mis oraciones,
día y noche... a tus trémulos reflejos!

Perpetua Adoración miraba escrito
en los Altares, bóvedas y suelos,
y en los fulgores de los cirios Santos,
y entre las blancas nubes del incienso.

Pactemos ante Dios, Lámpara mía,
honrarle sin cesar cuanto debemos.
Tú, con tus misteriosos resplandores,
yo de rodillas con mi ser entero.
¡Amar... Orar... Gemir... ¡sí, alma mía!
Ésta es la vocación del Monasterio,
tibia y doliente yo; Tú, llama pura,
habla al Señor, de todos mis deseos.

Mas, hoy Señor, que los mundanos males,
arrecian sin barreras y sin freno...
Hoy que su redención olvida el hombre,
lince en lo temporal, ciego en lo eterno.
Hoy que nubes y negras tempestades
amenazan al mundo en sus excesos,
y urge desagraviaros con las obras
de oración, penitencia y tormentos,
tus hijas inmoladas en el Trono
de amor encendido y siempre nuevo,
víctimas se te ofrecen, para que cese
con tu martirio el mundanal incendio.

Fragmento de "Los amores de N.V.Madre Patrocinio", Padre Carrascosa